

INVISIBLES

NATALIA DÉLEVA

TRADUCCIÓN DEL BÚLGARO Y NOTAS
DE MARCO VIDAL GONZÁLEZ



«Las páginas siguen aún en blanco, pero flota en el aire una sensación mágica: las palabras ya están ahí, escritas con tinta invisible, clamando por ser vistas».¹

«No entiendo por qué la gente insiste tanto en exhibir su vida privada; olvidan que la invisibilidad es un superpoder».²

«Ya no es mágico el mundo. Te han dejado».³

«Las célebres ventanas de Ámsterdam sin cortinas descubrían el interior de las casas. El interior descubría la ausencia de intimidad. El derecho sagrado a la intimidad se confirmaba en una paradoja: su ausencia».⁴

«El refugio más seguro, si se quiere pasar desapercibido, es volver a la ciudad natal».⁵

1 Vladimir Nabókov, de su conferencia «El arte de la literatura y del sentido común».

2 Banksy.

3 Jorge Luis Borges, del poema «1964».

4 Dubravka Ugrešić, *El ministerio del dolor*, Anagrama, 2004.

5 Gueorgui Gospodínov, *Física de la tristeza*, Fulgencio Pimentel, 2018.

Las personas invisibles están por todas partes: en el tranvía, en la calle, en el edificio, en la tienda, en el colegio, en el trabajo; con menos frecuencia en las discotecas, aunque a veces se dejan ver por allí. Se diluyen en la muchedumbre y observan a la gente alrededor con sus afligidos ojos invisibles. Pero como son invisibles, nadie los aprecia.

—Venga, va, porfi ¡cómprame un helado!

—Ya te he dicho que no.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Pero yo quiero.

—Deja de dar patadas, por favor.

—¿Por qué?

—Primero, porque no está bien, y, segundo, porque no vas a conseguir nada dando patadas.

—No es eso. Digo que por qué no me compras un helado.

—Ya te lo he dicho, que no puedes comer helado todos los días; te va a doler la garganta.

—Pero tú te compras todos los días, te he visto.

—Déjate de tonterías. Además, yo soy mayor.

—¿Y eso qué más da?

—Los mayores pueden tomar sus propias decisiones.

—¿Por qué?

—Porque los mayores son... mayores. Saben lo que está bien y lo que no.

—¿Tú siempre sabes lo que está bien?

—Creo que sí. O eso espero.

—¿Y también sobre mí?

—¿El qué sobre ti?

—¿Sabes lo que es mejor para mí?

—Lo que es mejor para ti, seguro.

—Mamá...

—Dime.

—No me compras helados porque estoy gorda, ¿no?

—¿Cómo puedes pensar eso?

—¡No hay nada que pensar! ¡Estoy gorda!

—¿Quién dice eso?

—Todos.

—¿Quiénes son todos?

—Todos los del cole, los niños del barrio... todos te digo.

—¡No les hagas caso!

—Pero es que estoy gorda de verdad. Y nadie quiere jugar conmigo. Ni hablar conmigo. Ni siquiera me ven.

—¿Cómo que nadie? Pero si tienes amigas. Está Megui, ¿no?

—Magui, con «a». Ya no me habla tampoco.

—¿Por qué?

—¡Porque estoy gorda! Y... porque el otro día me comí su bocata.

—¿Y por qué te comiste su bocata?

—¡Por qué, por qué! Porque tenía hambre. Estaba preocupada por el examen de Matemáticas, y cuando me preocupo por algo me entra mucha hambre. Y Magui había metido el bocadillo en la mochila de forma que sobresalía. Seguro que lo hizo aposta, para molestarme. Y yo... solo quería probarlo,

darle un bocadito... pero, bueno, estaba tan rico, y el examen cada vez más cerca... no podía parar de preocuparme y... el bocata se terminó. Cuando Magui se dio cuenta se puso a gritar delante de toda la clase. Le pedí perdón, pero... dejó de hablarme.

—Escúchame, cariño. Sabes que eso no está bien. Las cosas ajenas no se cogen sin permiso, ¿vale? Eso es robar, y a la gente que roba se le castiga.

—Lo sé, pero... Vale, va, no lo volveré a hacer.

...

—¿Mamá?

—Dime.

—¿Por qué estoy gorda?

—¿Qué pregunta es esa?

—¿Qué le pasa a la pregunta? Respóndeme, ¿por qué estoy gorda?

—Eh, cariño... Quién sabe. Los genes.

—Pero tú no estás gorda.

—¿Y?

—Entonces... ¿es que mi padre era gordo?

—¡Y ahora me vienes con tu padre!

—¡Venga, dime!

—Gordo gordo no era. Más bien grande. Y alto.

—¿Y era guapo?

—Vamos a dejar este tema, ¿vale?

—Cuéntamelo, mamá. ¿Lo he visto alguna vez?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ni yo misma lo he visto desde entonces.

—¿Desde aquel error?

—¿Por qué dices eso?!

—Tú lo has dicho. Te oí contárselo a la tía Tania una vez.

—A ver, cariño. Si por lo que fuera puede llamarse error, este es el error más maravilloso del mundo y yo estoy inmensamente feliz de que haya ocurrido. De que existas. ¿Vale?

—Vale. Pero...

—¿El qué?

—¿Me vas a comprar ahora el helado?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Y...

...

—Y porque te quiero.

Aquella niña era yo.

Pero mi madre no estaba en esa conversación sobre el helado. Tanto mi madre como el helado eran mi imaginación. Solo me apetecía eso: caminar junto a una madre tierna y sonriente, acurrucar mi mano en la suya y sentir que, hiciera lo que hiciera, su amor por mí sería infinito, incondicional; solo porque existo, y pedirle —con la insistencia propia de una niña— que me comprara un helado. Y no tanto porque me apeteciera comerme un helado, sino porque me agradaba la idea de ser esa niña pequeña gimoteando y suplicándole a su madre que le comprara algo, como había visto hacer a los demás niños en la calle.

Me apetecía pegar un salto y adentrarme en aquel cuadro festivo perfectamente dibujado en mi imaginación de niños exigentes, lloriqueando y pidiendo cosas, junto a sus madres, de apariencia estricta, aunque siempre terminen cediendo, caminando por calles que conducen a parques: parques con enormes helados de chocolate, fresa y vainilla derritiéndose; bichones boloñeses ladrando, arrastrados rítmicamente por sus dueñas con peinados plateados y ahuecados; vendedores de globos ruidosos de helio de Mickey Mouse y Winnie the Pooh. Quería dibujarme a mí misma en aquel cuadro, con mucho algodón de azúcar y bebés sollozando, acunados por sus madres con una tranquilidad inexplicable, irradiando un

amor innato por esos seres llenos de mocos que, con sus gritos, atraviesan la tarde del sábado.

Pero yo no estaba allí. Aquel cuadro estaba colgado muy alto en la pared; pendía de un viejo clavo oxidado; inalcanzable y seductor. Yo ansiaba a mi tierna madre, siempre llena de amor; me la imaginaba sonriente y enfadada, alegre y cansada, reprochándome y tranquilizándome. Mi madre. Me inventaba a esa madre en mi frágil conciencia de niña de siete años. Nunca logré entender por qué el amor de una madre por su hijo es así de infinito e incondicional, por el mero hecho de ser.

Mi madre también existe. Sí, sí. Seguro que está en algún lado, en un cuadro ajeno que alguien baja con cuidado de la pared, donde todos los niños, helados, bichones boloñeses, globos, madres y algodones de azúcar cobran vida. Cada sábado por la tarde. O casi todos. Pero mi madre, la mía, pese a ese amor infinito e incondicional hacia mí, se había esforzado en borrar me de esa acuarela del futuro. Eso ocurrió el día en que unas manos ajenas me arrancaron de cuajo de su útero, y ella arrancó de cuajo su amor por mí.

Y se marchó.

Yo me quedé allí, en una incubadora, rasgando el silencio estéril del hospital con mis pulmones, recién abiertos a la vida; inhalando con dolor la soledad que, en ese momento, estaba marcando mi existencia. Inhalando con dolor la ignorancia acerca de esa madre que ama a su hija de forma infinita e incondicional, que se marchó el día de mi aparición. Se derretió como un helado en un caluroso día de verano.

Sería entonces cuando empecé a inventarme mi vida junto a ella.